

Los corresponsales de guerra del siglo XX

Una trincherera como oficina

Un selfi



XI:

ie puede costarles la vida

Todos los años mueren cientos de periodistas y comunicadores en las distintas zonas de conflicto del mundo. Pero, ¿sabemos cuáles son las condiciones laborales en las que trabajan? ¿Sabemos qué sienten, qué necesitan, qué poseen, qué pierden, qué ganan, cómo trabajan, cómo son? Y, lo más importante, al volver... ¿siguen siendo ellos?

Dicen que cuando nacemos, todos llevamos dentro una profesión concreta. Una especie de código romántico que nos persigue toda nuestra vida y al que, si no hacemos caso, nos puede traer la infelicidad para siempre. Ya lo dijo Confucio: "Elige un trabajo que te guste y no tendrás que trabajar ningún día de tu vida."

Algunos deciden enseñar a otros todo lo que saben, otros cuentan sus emociones mediante el arte, otros tienen madera de líder y dirigen imperios (o los destruyen) y, otros, arriesgan su vida para denunciar lo que sus ojos ven, por ser los ojos del resto del mundo. Éstos últimos son los periodistas o corresponsales de guerra, protagonistas en silencio de las grandes atrocidades de nuestra historia. ¿Pero sabemos quiénes son? ¿Sabemos en qué condiciones trabajan? 11 periodistas asesinados y 192 encarcelados son las cifras que aporta Reporteros Sin Fronteras en lo que llevamos de año. Y, si sigues leyendo, dejarán de ser sólo cifras para ti.



Sonríe a la cámara

Siria. Irak. Irak. Siria. ISIS. ISIS... posiblemente una de las siglas más resonadas en los informativos de estos últimos años. Miles de vidas perdidas por un conflicto que ya no tiene un fin claro (si es que algún día lo tuvo) pero que, fuera cual fuere, nunca podrá justificar tanta sangre derramada. No sólo los civiles han caído en esta espiral de odio y ausente de sentido, sino también aquellos que pretenden ganarse la vida contando historias, denunciando este caos alentado por el ansia de poder y la promesa de un paraíso sagrado al final del túnel.

La figura del periodista de guerra está siendo más perseguida que nunca. Una organización como el ISIS (entre otras) ha encontrado en Internet el espacio perfecto para captar nuevos reclutas y, a la misma vez, predicar su palabra para conseguir lo que ya en muchos ha calado: el miedo.

Periodistas, fotógrafos y otros expertos en comunicación ya no sólo cuentan con el riesgo de ejercer la profesión en un lugar en el que en cualquier momento puede alcanzarte una bala o un traspie llevarte a la tumba, sino que también se ha añadido esta nueva y macabra "moda" de grabar y difundir ejecuciones y torturas a perio-

distas. Ahora, cualquier guía o guardaespaldas puede ser un espía contratado para delatar a estos periodistas y ponérselos en bandeja a los grupos radicales. De hecho, está ocurriendo. Desde 2013 hasta mayo de 2017 se ha producido la ejecución de 36 periodistas (Ignacio Anaya, 2017). Además, la llegada de las redes sociales hace que un tweet acompañado de la ubicación o una simple foto en la que aparezca dónde estás, pueda ser la pista perfecta para llevarte a la ruina. Un selfie puede costarles la vida. Ricardo Ravelo analiza en su libro "Ejecuciones de periodistas: los expedientes" la complicidad entre el crimen organizado y el poder político que explicaría los motivos por los que México ha sido considerado por La Federación Internacional de Periodistas en 2016 como el país más peligroso de Latino América para ejercer el periodismo y la muerte de profesionales del periodismo que trabajaban en Veracruz. Se suele pensar que en Oriente es dónde más periodistas mueren debido a las guerras, pero las cifras muestran que no sólo mueren periodistas en Siria o Irak, sino que México también es peligroso para estos profesionales, aunque la grabación de las ejecuciones no sea común.

El periodista de guerra es un insecto molesto que busca sacar a la luz la verdad que pretende ser escondida, información que de no ser por él, se mantendría en la opacidad. El periodista Ignacio Anaya, hace una reflexión sobre este tema en el diario Excelsior, dónde defiende que las amenazas, secuestros, torturas y homicidios que sufren los periodistas son una muestra de la gran importancia que la delincuencia organizada le otorga a la información. Pero ahí no queda todo, pues tras el crimen, ¿hay

Se ha producido la ejecución de 36 periodistas desde 2013 hasta mayo de 2017

castigo? "Si además existen condiciones de impunidad en los juzgados, la acción se facilita. Creo más en los protocolos que puedan implementar las propias empresas de comunicación que en los mecanismos derivados de las fiscalías. El tema debe discutirse, pero editorialmente." Por lo tanto, tal vez son los medios quiénes deben lanzar una capa protectora encima de aquellos que arriesgan su vida por la información.

Uno de los que sufrió este terrible fin fue Steven Sotloff, un periodista estadounidense que fue decapitado en 2014 por un yihadista británico que dirigía su mensaje de odio hacia el expresidente de los Estados Unidos, Barack Obama. Pero ni fue el primero, ni será el último. Los nombres siguen. Kenji Goto, periodista de guerra japonés, fue ejecutado en otro video en el que el verdugo mandaba, en esta ocasión, su amenaza hacia Japón: "Ustedes, al igual que sus tontos aliados en la coalición satánica, deben entender que nosotros, por la gracia de Dios, somos un califato islámico con autoridad y poder, un Ejército sediento de su sangre", dijo antes de acabar con la vida de Kenji.

James Foley, junto a otros 13 miembros del ISIS fueron sidos ejecutados en represalia por un grupo rebelde en Siria. En el vídeo, de 19 minutos de duración, el líder del grupo Jaysh Al-Islam declaró que la peor tragedia para la Yihad es un grupo de gente que hace crecer las divisiones entre los musulmanes.

Del 16 septiembre 2013 al 29 marzo 2014 estuvieron secuestrados el periodista Javier Espinosa (trabajador del diario EL MUNDO) y el fotógrafo freelance Ricardo García en Siria. Fueron apresados en un punto de control de Tal Abyad, en la provincia de Raqqa, por miembros del ISIS.

Y la lista podría continuar. Estos son sólo algunos de todos los que ya han caído en esta propaganda que hace que el periodismo de guerra se haya vuelto aún más peligroso. ¿Esta es ahora la nueva labor de los periodistas? ¿Ser un objeto para la propagación del miedo es lo que nos ha traído el siglo XXI en el que los conflictos bélicos han empapado a los medios? ¿Y cuál es el papel que tienen que seguir éstos? ¿Informar de ello y hacer que su propaganda llegue aún más allá? ¿Ocultarlo y, por tanto, silenciar una masacre tan importante para la opinión pública?



En primer plano, el corresponsal Rubén Mendoza, durante uno de sus viajes con el ejército junto a otros compañeros. Fuente: Rubén Mendoza

Otro intrigante es que, una vez en esta situación, ¿cómo deben actuar los Estados? ¿Deben sucumbir al chantaje? ¿Deben dar la espalda a sus propios ciudadanos? Secuestros como el de Antonio Pampliega, Ángel Sastre y José Manuel López apuntan a que el modo de rescate fue precisamente ese, pero ninguno quiere hablar de ello. Todos, al volver, niegan saber cuál ha sido el motivo de su nueva suerte. ¿Para qué está preparada la sociedad, para escuchar que su gobierno ha financiado con dinero público a un grupo terrorista, o que se ha dado la espalda a los secuestrados por no manchar la imagen pública y no enriquecer a este tipo de organizaciones?

Reporteros Sin Fronteras ha llegado al punto de crear un gabinete de reflexión y un comité de apoyo. En una entrevista con El Periódico asegura la portavoz de la organización, Rosa Meneses, que no saben qué es lo más adecuado, no saben si informar de estos secuestros y hacer su seguimiento da demasiada visibilidad, demasiado ruido. “Sin noticias, la realidad deja de existir. No hay víctimas ni verdugos, solo un lejano ruido de fondo”. Esta es la reflexión de Manuel Lobo, periodista de El Periódico que analizando sus palabras parece ser que sí, que lo correcto es seguir informando de todos los caídos, aunque ello suponga difundir los vídeos de las ejecuciones. Sin noticias pierden los civiles, los que todos proclaman defender. En un artículo de opinión de El Periódico, el periodista hace hincapié al gran peligro que acecha ahora al periodista, quién éste asegura que tiene una “orden de caza y captura” y la situación se agrava aún más cuando se trata de un periodista local. “Nadie pregunta por un sirio”.

Tener lo que hay que tener

“Te pasas años viendo gente decapitada, gente muerta, gente violada, hablando con ellos y empanizando con

ellos... Esto a la larga eso te hace daño. En los países nórdicos, cuando alguien vuelve de una guerra, le corresponde una baja, va al psicólogo... Aquí en España te dicen que te tomes un whisky, que prefieren hablar de Masterchef o de lo último del Barça. Es importante hablarlo y curarlo. Aquí no se enseña.” Estas palabras tan sobrecogedoras pertenecen a Hernán Zin, un reportero de guerra, escritor y director de documentales ítalo-argentino que ha pasado la mitad de su vida filmando entre trincheras para mostrar al mundo las atrocidades que se cometen en una guerra. El corresponsal de guerra es una persona que tiene que tener unas condiciones psi-

mucho más que coraje, locura o, como algunos califican: “poco aprecio por la vida”. Una referente para el periodismo como es el polaco Ryszard Kapuscinski, dijo en una entrevista en su último viaje a Colombia que el corresponsal de guerra necesita valentía, además de los cinco sentidos al servicio del deber de acercarse a la verdad de un conflicto. Estas declaraciones fueron acompañadas por una anécdota en la que contaba que un compañero se negó a ir a la guerra por miedo a morir en ella y que él acudió en su lugar, pues “esta profesión requiere el sentido de una misión, de una vocación, porque es muy dura y si no se tiene esa valen-

también es una traba para aquellos que tienen como trabajo un peligro constante. El miedo puede impedir al periodista hacer bien su trabajo. Un buen periodista de guerra no puede estar pensando en que le va a ocurrir algo malo, dice Franklin Álvarez, fotoperiodista de guerra venezolano del diario El Impulso de Barquisimeto.

La valentía en una profesión de riesgo como es el periodismo de guerra debe ser una aptitud más, tan importante como saber transmitir o conocer en profundidad el conflicto. Tiene que tener valor para hacer lo que está haciendo porque al final de cuentas uno puede decir que quiere ser correspon-



Ángel Sastre tomando una fotografía a un padre y su hijo, ambos árabes.
Fuente: Pablo Cobos

cológicas específicas, pero no tiene que ser frío, pues eso no le dejaría ser un buen periodista. A lo que Hernán Zin se refiere es que en esos lugares hay que guardar la compostura y que no está mal volver de una guerra y tener “una colección de traumas” como él admite tener, sino que lo importante es aprender a superarlos una vez has salido de allí. Aboga, más que nada, por el amor hacia la propia profesión y las ganas de llevarla a cabo. Y es que tal vez la característica más importante es que el corresponsal de guerra tiene que ser alguien que cree tanto en lo que quiere hacer, que está dispuesto a dejarlo todo por ello. De hecho, lo hace. Aparte de la imagen de temerario y aventurero que se ha propagado de la figura del periodista de guerra, detrás hay

“tía, es mejor cambiar de oficio.” El corresponsal de guerra debe ser una persona que cuente con la capacidad de separar sus convicciones personales (como religión, compromiso cultural y nacional, entre otros) de los hechos de los cuales es testigo. Es necesario que tener una sólida formación ética, capaz de priorizar la vida por la información cuando ésta se vea comprometida. Esta es la visión que pone de manifiesto Marcelo Araya, periodista, docente universitario y fundador del programa de investigación Informe Especial en la Televisión Nacional de Chile. Siempre oímos que no es malo tener miedo, pero depende en qué situaciones. El miedo te ayuda a ponerte a salvo, es un mecanismo de supervivencia, pero

sal de guerra pero otra cosa es vivirlo en tus propias carnes y seguir enamorado de este oficio. También es importante ser fuerte psicológicamente, asegura Franklin Álvarez, porque las cosas que se ven en una guerra, no cualquier persona puede digerirlas. Honestidad y la empatía, más que en su valentía. El periodista tiene que tener empatía con la gente con la que va a trabajar, tiene que tener un compromiso primero con su trabajo y segundo con las personas que protagonizan las historias que va a contar. Se trata de una profesión honrada que no tiene cavidad para la porque hay mucha confianza depositada en los periodistas. Una visión mucho más romántica de lo que es el periodista de guerra es la que nos ofrece Antonio Pampliega, corresponsal de

guerra español que fue secuestrado el pasado año por el filial sirio de Al Qaeda, Al Nursa, junto a Ángel Sastre y José Manuel López. Recuerda un poco a la célebre frase del ya nombrado Ryszard Kapuscinski: “las malas personas no pueden ser buenos periodistas.”

Ir a la guerra para ‘hacerse un selfie’

El corresponsal de guerra del siglo XXI está completamente desvirtuado. O eso es lo que afirma el corresponsal español, Ángel Sastre. Habla de un periodista que no tiene nada que ver con el corresponsal de guerra que conocemos de antaño, el cual ha degenerado en la figura del mercenario, del héroe, del que viaja a la guerra “sólo para hacerse un selfie” y no para denunciar lo que allí ocu-

“Vamos a una guerra a informar, no a tener doscientos mil seguidores en Twitter”

rra.

En palabras de Antonio Pampliega, cada vez es más común ver a “periodistas” que hacen la Ruta de los Balcanes con la finalidad de buscar el like, el retweet. “Es un peligro. Vamos a una guerra a informar, no a tener doscientos mil seguidores en Twitter. Yo tengo redes sociales porque las necesito para potenciar y difundir mi trabajo y que los medios sepan que existo, pero se está abusando demasiado. Se está desviando el foco de lo importante: las personas. Lo importante no era la foto de Aylan muerto en la playa. Cuéntame la historia de Aylan, explícame cómo están los kurdos en Siria y, para eso, tienes que ir a Siria.”

El reportero, David Berain, afirmaba en una entrevista que el periodista ya no tenía la misma ambición de molestar porque ya no está en el lugar

en el que tienen lugar los hechos. Él entiende al corresponsal como alguien que vive continuamente en el sitio, pero esto ya no suele ocurrir porque son caros y molestos. “Nos hemos sustituido por enviados especiales que van a los sitios cuando el suceso ya ha pasado, por lo que no tenemos ese elemento de prevención. Se va con menos dinero, con menos tiempo y se va a menos sitios. Una vez que vamos, abdicamos o nos rendimos demasiado pronto.”

Tú escribe, escribe... ya veremos quién te paga

La principal traba que tiene el periodismo de guerra es que para ejercerlo, el periodista necesita desplazarse al lugar en el que se está produciendo el conflicto. No sólo por el reconocimiento y el prestigio que otorga al medio, sino porque es la única manera de obtener realmente una información que merezca la pena y de calidad. Pero se considera una “traba” porque... ¿quién costea estos viajes? A pesar de tratarse de países envueltos en una crisis económica en consecuencia de la guerra, la estancia del periodista no se abarata, ni se hace más fácil, sino todo lo contrario. En estos lugares, los pocos civiles que resisten en esta “tierra del caos” intentan sobrevivir como pueden y una de las vías que encuentran es a partir de los corresponsales. Guías, hoteles, chóferes, traductores, vendedores ambulantes, guardaespaldas... Y no son precisamente baratos. Ni leales. De hecho, muchos de los corresponsales que han sido secuestrados o asesinados fueron vendidos mediante los “soplos” que estos “acompañantes” con complejo de Judas dan a los grupos terroristas.

Antonio Pampliega, es un corresponsal de guerra español que, pese a su temprana edad, ha estado presente en numerosas zonas de conflicto como Irak, Líbano, Pakistán, Egipto, Afganistán, Haití, Honduras, Siria o Somalia y dedica gran parte de su trabajo a denunciar



Fotografía del fotoperiodista de guerra, Franklin Álvarez durante una de sus coberturas en las protestas contra el gobierno venezolano.
Fuente: Franklin Álvarez

el enorme coste que supone para un freelance poder viajar a las zonas de conflicto para realizar su trabajo y, además, la prácticamente inexistente recuperación de este dinero. En su documental “Pagando para ir a la guerra” hace una dura crítica hacia los medios, sobre todo españoles, y advierte de la precaria situación en la que se ha visto envuelto muchas veces tanto él como sus compañeros de oficio. El corresponsal afirma que “si queremos periodismo, hay que pagarlo”. Anecdóticamente, cuenta cómo estas condiciones le han hecho plantearse en numerosas ocasiones si abandonar la profesión. Ofreció un reportaje sobre Afganistán a un periódico deportivo español que aceptó su trabajo, pero sin incluir las fotografías (que obtendrían a partir de una agencia) y sin remuneración, solamente le proporcionarían lo que se conoce como “promoción personal”. Antonio Pampliega asegura que “eso es lo más obscuro que le ha dicho nadie”

y que “trabajar gratis para que el día de mañana tenga un nombre, no debería estar permitido. Hay que invertir por el periodismo”.

Hernán Zin sí ve en la figura del freelance una ventaja económica para el periodista, ya que éste ya no se debe a un

solo medio, sino que puede vender su trabajo a todos aquellos que estén dispuestos a comprárselo. “El sumatorio de todos los medios para los que trabajas, te pueden hacer ganar más que si estuvieras en uno solo”, asegura. Respecto a una noticia publicada en El Español cuyo titular era “Jugarse la vida por 35 euros” criticando la precariedad laboral del periodista de guerra, Hernán opina que también hay que preguntarse si quién recibió ese dinero hizo un buen trabajo antes de irse, si buscó contactos, si contó algo interesante. “A mí esto de ‘estoy en la guerra pero me pagan 35 euros’ no me sirve. ¿Eres bueno? Con ir a la guerra no basta, hay que contar buenas historias y hay que contarlas bien.”

Los tacones también pueden mancharse de barro

En algunos ámbitos profesionales, podemos encontrar diferencias dependiendo de a qué sexo se pertenezca. En el periodismo de guerra, la inclusión de la mujer también

ha sido una tardea ardua y, sobre todo, lenta. Hoy por hoy, las corresponsales de guerra siguen siendo una clara minoría. Algunos de los factores que condiciona esta situación es la idea (errónea) de pensar que la mujer es un ser frágil y delicado que no encaja en un

“Trabajar gratis para que el día de mañana tenga un nombre, no debería estar permitido. Hay que invertir por el periodismo”



Ángel Sastre fotografiando a niños en su viaje a Siria.
Fuente: Pablo Cobos

mundo tan violento y rudo, un mundo que ha sido socialmente asignado al sector masculino. Aurora Gilabert, redactora en Radio Televisión Andalucía, fue una de las pioneras que se desplazó hace más de 20 años a una zona de conflicto para cubrir la Guerra de los Balcanes. A pesar de que se trató de un trabajo puntual que resultó ser la prueba de que aquella no era su vocación, Aurora es una gran defensora del feminismo, apelando por la igualdad entre ambos sexos. Aurora Gilabert asegura que tanto mujeres como hombres somos válidos para este tipo de trabajo y que, tristemente, las mujeres arrastramos una carga peyorativa sexualmente, pero no ello no las hace menos capacitadas para el puesto.

Sin embargo, por muy duro que resulte, hay que reconocer que la mujer carga además con el riesgo de ser agredida sexualmente, sobre todo en ciertos países. En 2005, el International News Safety Institute (INSI), elaboró un informe sobre reporteras de guerra con más de una década de experiencia en conflictos. El 82% de las encuestadas aseguraba haber sufrido ataques o intimidaciones mientras informaban y más de la mitad habían sufrido acoso sexual.

En 2011, la corresponsal de la CBS, Lara Logan, fue agredida sexualmente por un grupo de manifestantes durante las

revueltas en la Plaza Tahrir en Egipto. Estas agresiones dieron lugar a que Reporteros Sin Fronteras enviara un comunicado a los medios pidiendo que no se enviara a mujeres a zonas de conflicto. Esta acción resultó ser muy polémica y algunas periodistas como Mónica Bernabé, asentada en Kabul desde 2007, se posicionaron totalmente en contra. Mayte Carrasco, freelance española, apela por el riesgo que también corren los hombres, ya que “éstos también pueden ser violados en una cárcel, por ejemplo.” Pero también es cierto que el género puede resultar ser una ventaja. La corresponsal, Judith Matloff, durante un coloquio en el INSI en 2005, explicó que las reporteras gozan de más facilidad en situaciones de tensión, ya que inspiran menos agresividad que un hombre.

Ante esto está de acuerdo Ángel Sastre, quién alega que depende mucho del lugar: “En lugares como África si os pueden violar y os pueden pasar cosas que no sean noticiadas como es el caso de las activistas que estuvieron en África y han vuelto embarazadas. Pero el riesgo de violación en los países de Oriente donde yo estuve es muy bajo. Separan a las

mujeres con familias de mujeres, no las violan e incluso las tratan mejor que a los hombres. Lo de la violación es un riesgo que es muy alto en África, pero en Oriente son tan machistas que te van a mandar con una familia de mujeres sin un rasguño.”

Mónica Bernabé admite que en más de una ocasión ha ido a un ministerio a hacer una entrevista que no había sido concertada previamente y, por el hecho de ser periodista y mujer, se la concedieron. Además, para los hombres, en ciertos países, tienen prohibido hablar con mujeres, por lo que no pueden realizar ciertas entrevistas ni acceder a muchos

“Te ven más frágil que a un hombre y te tratan como a una niña indefensa”

testimonios, cosa que no ocurre si quién pregunta es una reportera: “Los afganos son muy respetuosos con las mujeres, con un hombre esto no

pasaría”, asegura la freelance española. El Informe Anual de la Profesión Periodística 2012 elaborado por la Federación de Asociaciones de la Prensa de España, asegura que “sigue existiendo discriminación” en la profesión. Esta afirmación se ve respaldada por el porcentaje de los hombres en puestos directivos, el cual triplica al de las mujeres.

La relación con los militares también es distinta. Mayte Carrasco, freelance española especializada en conflictos bélicos, asegura que en la guerra de Vietnam se sintió “demasiado protegida” por los militares. “Te ven más frágil que a un hombre y te tratan como a una niña indefensa”, denuncia.

“Por el poder que me ha sido concedido, yo te nombro periodista”

Si hablamos de qué se necesita para ser corresponsal de guerra, también debemos acercarnos a otro punto que no sólo afecta a esta rama del periodismo, sino que es un debate que lleva persiguiendo esta profesión desde hace más de 30 años (desde que se fundaron las primeras facultades de comunicación): ¿hace falta tener un título universitario para ejercer como corresponsal de guerra?

Debido a la crisis que estamos viviendo y, sobre todo, la gran crisis por la que está pasando la prensa (la escrita aún más), las inversiones en un periodismo de calidad se están viendo paliadas por la información ciudadana, por el freelance (refiriéndonos a éste como aquel freelance que no tiene titulación u otro tipo de preparación) y por el “periodista multiusos”, que lo mismo te escribe una crónica de un partido de baloncesto que te hace un reportaje sobre la drogodependencia en los barrios marginales de Panamá y, si le sobra tiempo, te escribe qué futuro le depara a Capricornio.

Pero sí es cierto que en el ámbito del periodismo de guerra, las condiciones extremas en las que se ve expuesto el periodista hacen que además de no ser un trabajo tan demandado como el resto de especializaciones periodísticas, también obliga en cierta manera a tener un mínimo de preparación, aunque ésta no tiene por qué ser la carrera de periodismo, sino más bien tener conocimientos militares y de supervivencia. Según Rubén Mendoza, lo más



importante y lo que te hace ser un corresponsal de guerra es la práctica, sin embargo, asegura que “necesitamos muchos cursos, aunque sean teóricos, porque si estás en un conflicto y, por ejemplo, te disparan o te hieren con un arma blanca, estos cursos te enseñan qué tienes que hacer para poder sobrevivir mientras llegas a un hospital. Estos cursos supuestamente son teóricos, pero cuando estás en un conflicto armado, todo lo que aprendiste en el colegio o en estos cursos se pone en práctica y ahí es muchas veces dónde te das cuenta de si quieres dedicarte de verdad o no a esta profesión.”

En la misma línea, Franklin Álvarez asegura que dónde verdaderamente se aprende a ser periodista es “pateando la calle”, pero que resulta muy injusto ver cómo en su país, Venezuela, una persona dedica 4 años de su vida en formarse como periodista y otra por el hecho de tener un amigo o familiar en un medio consiga trabajo mucho antes.

“Ser periodista o no serlo no depende de tener un título colgado en tu pared.” Así de contundente es Antonio Pampliega al respecto. ¿Tal vez le estamos dando demasiada importancia? Su compañero en Siria, Ángel Sastre, también corresponsal de guerra español, asegura que “a veces da más salidas gastarte tu dinero en un viaje y ofrecer tu trabajo una vez que éste ya está realizado, que estudiar un máster que te cueste miles de euros.”

La organización Reporteros Sin Fronteras sí respalda que los periodistas de guerra tienen que tener un mínimo de conocimientos para llevar a cabo esta profesión. Esta afirmación se ve reflejada en que desde 1992 han publicado manuales y guías de seguridad para periodistas. En 2015, publicaron el último Manual de Seguridad para Periodistas que “aporta nuevas medidas de protección para nuevos peligros como el secuestro y aborda el reto de la seguridad informática durante

La guerra, una vieja amiga

Desde las primeras civilizaciones, existieron las primeras guerras. Los protagonistas de éstas vieron lo importante que era no sólo contar lo que hacían, sino cómo. No se le puede llamar periodismo de guerra, más bien se trataba de un conjunto de informaciones propagandísticas.

El periodismo de guerra comenzó en la Guerra de Crimea, donde por primera vez la prensa se independizó de los militares para contar por sí misma lo que ocurría. Destacan periodistas como William Howard Russel para The Times. Luego, vivimos la Primera Guerra Mundial, donde la censura fue la suma inquisidora que dio lugar, como no podía ser de otra manera, a una mala cobertura e incluso, a la invención de historias. En nuestro país, la Guerra Civil Española movilizó a un gran número de corresponsales que ya no tan limitados por la censura cayeron, por desgracia, en las garras del compromiso ideológico, formándose dos bandos informativos.

En la Segunda Guerra Mundial, la censura volvió a echarse a las espaldas de la prensa, proclamándose la censura de la URSS como la más restrictiva de la época. Alemania intentaba aparentar cierta apertura y Estados Unidos ejercía la censura mediante el compromiso ideológico. Corea y Vietnam consiguieron la totalidad de la cobertura mediática, con una censura más débil pero presente. La ONU jugó un papel clave en esto. Al tratarse de un organismo neutral, amparó y proporcionó muchas venta-

jas a los corresponsales de guerra que ya no tenían que servir lealtad a ningún bando. Aparecieron crónicas arriesgadas en las que se buscaba más la fama y el heroísmo que la información y la denuncia de los crímenes. Destacan periodistas como Marguerite Higgins.

Durante la Guerra de las Malvinas, se creó un POOL de 17 periodistas acreditados que fueron los únicos que pudieron estar presentes en la isla durante el conflicto. Lo mismo ocurrió en la Guerra del Golfo.

La Guerra de Vietnam contó con la televisión y las imágenes en color. Estados Unidos tomó partido en la comunicación debido a su apoyo hacia las fuerzas del Vietnam del Sur capitalista. El periodismo de guerra se desarrolló gracias a la sed de información por parte de la audiencia. El corresponsal de guerra llegó incluso a viajar al lugar de conflicto con el respaldo económico de Estados Unidos. Tanta libertad, no fue del agrado del Pentágono, por lo que en guerras posteriores la censura volvió a resurgir. La Guerra de Kosovo supuso la implantación de internet como arma de guerra. Esto provocó un exceso de información que asfixió a la audiencia de informaciones vacías y banales. Resaltan corresponsales como Ramón Lobo o Gervasio Sánchez.

Después del 11 de Septiembre, se inició la conocida como “Guerra contra el Terrorismo”, justificación acuñada por el entonces presidente de los Estados Unidos, George Bush, que fue aceptada y absorbida

por los medios de comunicación. Los medios norteamericanos se movilaron a favor de esta nueva guerra, hasta el punto de repartir instrucciones concretas hacia sus corresponsales y presentadores.

Irak también fue tomado por la guerra, y los medios estuvieron allí. Se estableció un “Sistema de empujados” que dio lugar a la desinformación y el apoyo propagandístico a las tropas militares. La cadena de televisión árabe Al Yazira destacó por el respeto y apuesta por la libertad de expresión, mostrando imágenes de lo lenta y cruel que estaba resultando ser la guerra. Tuvo un gran impacto en la opinión pública, compitiendo seriamente con los medios europeos. Su finalidad era presentar la guerra como lo que era, un conflicto que se cobraba la vida de miles de civiles y desbancar la imagen de “guerra limpia” que intentaba dar el gobierno de EE.UU.

Nos encontramos ante el conflicto Sirio y la gran Crisis de los refugiados que azota la costa de Europa, entre otras. Se ha asentado la figura del freelance, más que el corresponsal fijo de un medio. Con las redes sociales, la información se ha masificado, apareciendo así el conocido como “periodismo ciudadano” que da lugar a que se propaguen bulos e informaciones no contrastadas.

Además, las redes sociales han proporcionado un canal fácil hacia el que dirigirse al resto del mundo que muchos grupos terroristas han sabido aprovechar.



Evolución histórica del periodista de guerra



una misión en zona de riesgo". Este manual recoge consejos de reporteros veteranos, intentando transmitir conocimientos útiles para optimizar la seguridad de los corresponsales de guerra de hoy día.

El amor de mi vida es el periodismo

Si hay algo claro en el periodismo es

que para ser un buen profesional, tienes que amar lo que haces, por encima de todo lo demás. Sólo aquél que tiene vocación, se entrega totalmente a ello. Tal vez, por esta razón, periodismo y corazón también se encuentran en conflicto constantemente y aún más, si cabe, en el caso de los corresponsales de guerra, quienes realizan su labor fuera del hogar durante largos periodos de tiempo. El corresponsal de guerra Marcelo Araya, confiesa que su primer matrimonio no funcionó por culpa de su trabajo, ya que su exmujer se aburría de que él tuviera que estar disponible las 24 horas del día, todos los días. Tras 14

años de matrimonio, "éste llegó a su fin producto de los quiebres generados por la ausencia y la percepción de peligro constante", reconoce.

Ya lo decía el periodista español Antonio Ferreras en una entrevista con La Voz de Galicia: "el amor de mi vida es el periodismo, y mi amante es Ana Pastor."

Sin embargo, hay corresponsales como Antonio Pampliega que mantienen una relación estable con su pareja, a pesar de pasar largas temporadas fuera de casa.

Pero no sólo hay un tipo de amor, también existe el amor de la familia. Ángel Sastre reconoce que su familia ha sufrido mucho por ejercer como corresponsal de guerra, ya que ha estado al borde de la muerte en numerosas ocasiones y este último año, además, ha sido secuestrado. Sin embargo, con la mirada totalmente viva asegura que "ama el periodismo" y piensa que el periodismo tiene un deleite increíble, que es saber que las aventuras que él

corre, no las va a correr nadie. Con una sonrisa imperante, se enorgullece de que sus padres vean al corresponsal de guerra como a un héroe y que estén orgullosos de él. Que él... sea su héroe.

Porque tal vez el verdadero corresponsal de guerra no busca el dinero, ni la fama, sino simplemente ser los ojos del resto

del mundo. Tal vez ama más su vida de lo que los demás creen y por eso la vive a cada instante, arriesgándola para que ésta cobre sentido. Arriesgándola para que, cuando todo acabe y la reina igualatoria le venga a buscar, éste la reciba orgulloso, cierre los ojos y sepa que este mundo es un poco menos injusto... gracias a él.

¿Sabías qué...?

Sistema de POOL: Durante la Guerra de las Malvinas en 1982, el Ministerio de Defensa británico dispuso un sistema de censura para controlar la información. Éste eligió a diecisiete periodistas que serían transportados, alojados y atendidos en barcos militares. La convivencia con los soldados y la necesidad de utilización de los medios tecnológicos de los navíos, dieron lugar a que entre los periodistas y los militares hubiera una estrecha relación que acabó derivando en una mala y manipulada cobertura. Este mecanismo recibiría posteriormente el nombre del "Modelo Malvinas" o como "Pool".

Sistema de empotrados: Washington estableció el conocido como "sistema de empotrados" durante la guerra de Irak. Ésta regulaba la relación entre los periodistas y los militares en las operaciones de éstos últimos. Según el gobierno, su finalidad era facilitar el acceso a medios para asignar o "empotrar" estos reporteros. Éstos vivirán, trabajarán y viajarán como parte de esas unidades militares. Las normas prohíben, por ejemplo, informar sobre futuras misiones, resultados concretos de operaciones. Quien no respetara alguno de los puntos sería expulsado del sistema. Resultó ser un sistema de censura muy fuerte.